

JUNY 1975

CARTAS ENVENENADAS

por Ana María MOIX
y Carmen CASAS

Pues sí, Casi:

Me puse la mantilla y me fui a los toros. Ya conozco mi afición a los ruedos que desde pequeña me inculcó tío Procopio, el golfo de la familia, quien me inició en la afición a la fiesta. Desgraciadamente, en los últimos tiempos, la cosa se ha venido abajo: la invasión de los bárbaros turistas trajo, como consecuencia, la falta de interés de los empresarios por mantener la corrida a un nivel serio y digno; si con cuatro bichos de dudoso trapío y procedencia, y unos matadores de tercera fila se llenaban las plazas, ¿para qué complicarse la vida con encierros difíciles y pagar cantidades respetables por buenos matadores? ¡V, hala! Empezaron a criar toros en cuatro días a base de engordarlos como fuera, y así empezamos a ver esos bichos abúlicos y endebles que doblaban las manos antes de llegar al caballo. Y ya no hablemos de las mutilaciones recibidas en las dignísimas cornamentas. Con tal ganado, empezó la era de los Codobeses y Cía. Ni revolución del torero ni nada. Una cara más dura que el cemento y a vivir, digo a cobrar.

La jauría turística alentaba jaleante tanto desmadre y desatino. Llegaban estrujados en autocares monumentales que les traían directamente de comer una paella de plástico chorreante de aceite de ricino en la playa más cercana y, paseando desinhibidamente unas fachas lamentables, iban echando a la afición de los ruedos, mientras proferían gritos salvajes y aplaudían extraños malabarismos que dejaban atónitos a los turistas del torero: Con la desaparición de las grandes figuras (Ordóñez, Bienvenida, el Viti, etc.) el asunto tomó ya un cariz dramático. ¿A qué diablos se iba a los toros? No salían tampoco nuevas figuras que vinieran a redimir tanta monotonía. Novilleros que se quedaban en promesa a perpetuidad, y breves reapariciones de ídolos cansados que volvían a recoger un dinero olvidado en algún burladero. Feo, feo pinta-ba el panorama.

El domingo, empero, Casilda, el cartel volvió a tomar color. El último de los grandes, Páco Camino, reaparecía en Barcelona con Paco Alcalde, ese gran torero bautizado en la Monumental, y el Niño de la Capea, y allí volvimos a encontrarnos todos en una auténtica tarde de toros. Camino, el torero inteligente, dentro y fuera de los ruedos, lidió sus reses con el arte de que sólo él es capaz. Alcalde no quiso dejarse apabullar por la veteranía y oficio del maestro y estuvo magistral con uno de su lote; y Capea, aunque algo impaciente y atolondrado, se mostró valiente y con ganas. Hubo orejas, claveles, «palomas» y habanos, y volvió a oírse a la vieja afición aplaudir feliz a los diestros y a unos toros nobles y bravos. Sí, señor.

Tuya, Virtudes

Querida Virtudes:

Eres una hipócrita. Yo lo creo así. Mucho lucir tu carnet de la protectora de animales, mucho llenar la casa de perros, gatos, pájaros, mucho presumir de tus insomnios asegurando que el hecho de que nadie se haya preocupado por averiguar si los grillos padecen complejo de Edipo te quita el sueño, y ahora me sales aficionada a los toros. Mira, chica, tú lo que tienes es alma de cantinera. Encima, te las das de entendida en la materia. Es lo único que nos faltaba: otra Mariví Romero: A ti, en realidad, lo que te gustaría es ir a la plaza en calesa, con peineta y mantilla, que te brindaran toros y darte el gustazo de cantar «El Relicario», cosa que, si te empeñas en seguir como hasta ahora, harás, pero en La Bodega Bohemia. Deja de hacer el ridículo, por favor. Por ejemplo, deja de mandarme botellas de champagne cada vez que anuncian cambios en el país: tengo el frigorífico lleno de botellas a punto de estropearse y es una lástima. Además, temo que estallen todas a la vez y ya me contarás cómo justifico una explosión en casa.

Sé que asististe a una exposición «Esculturas al aire libre» que se celebró en los jardines de la Escuela Eina la pasada semana. Afortunadamente llegué cuando ya te habías ido y me ahorré presenciar tu espantosa actuación. ¿Cómo se te ocurrió preguntar precios? ¿Cómo no te diste cuenta de que las esculturas eran cuerpos de verdad, de carne y hueso? La muestra, organizada por Carles Pazoc y Xavier Olivé, con el asesoramiento artístico de Cesc Gelabert, quedó impresionante. Con la luz de la hora «de l'encis», las seis esculturas, mejor dicho, Rosli Ayuso; Toni Cots, Toni Gelabert, Muntat Ayuso, Santi Alcolea y Ramón Olives, maquillados unos de terracota y otros de mármol por María José Candini, completamente inmóviles, sin pestañear, ni respirar (al menos no se notaba) creaban una atmósfera de ambigüedad realmente impresionante. Más de cuatrocientas personas desfilaron por los jardines de Eina, ante las esculturas vivientes, o los vivientes esculturizados (como prefieras), quienes se habían ejercitado durante un mes para mantenerse en la postura que deberían representar a lo largo de una hora. A nadie se le ocurrió pellizcarles, ni contarles un chiste al oído para probar sus capacidades de concentración porque la cosa era seria y el público quedó más bien sorprendido. La única que según me contaron, hizo «el prèsssec» fuiste tú que preguntaste, delante de una señorita-estatua, ¿«qué vale este Clará?». Ahora que te has enfundado los dientes, puedes ponerte lentillas. Tuya,

Casilda